

843

S.

PQ 2407

L 28



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

I



STÁBAMOS en Venecia; el viento y la lluvia habían ahuyentado hacia ya largo rato á los paseantes y á las máscaras de la plaza y de los muelles. Estaba la noche oscura y silenciosa; sólo se oía á lo lejos la voz monotoná del Adriático que estallaba sus olas en los islotes, y también de vez en cuando los gritos de los cuartos vigilantes de la fragata que guarda la entrada de la Giudecca, cruzándose con las respuestas de la goleta de ronda. Era en el interior de los palacios y de los teatros una hermosa noche de carnaval; pero fuera, todo estaba triste, y sólo la luz de los faroles se reflejaba en las húmedas losas del pavimento, sobre el cual resonaba de tarde en tarde el paso precipitado de alguna máscara rezagada, embozada en su larga capa.

Estábamos solos los dos en una de las salas del antiguo palacio Nasi, situado en el muelle de los Esclavones y convertido actualmente en posada, la mejor de Venecia. Algunas velas de cera que brillaban sobre las mesas y el resplandor de la chimenea, iluminaban aquel inmenso salón, y la oscila-

ción de las llamas ponía al parecer en movimiento las divinidades alegóricas pintadas al temple en el techo. Julieta se sentía indispuesta y no había querido salir; tendida en un sofá y envuelta en su capa forrada de armiño, parecía sumergida en un ligero sueño, mientras yo andaba de arriba á abajo sin que resonaran mis pasos sobre la muelle alfombra, fumando abundantes cigarrillos de papel.

Nosotros, los españoles, conocemos un estado del alma que, según mi opinión, nos es peculiar; este estado se reduce á una especie de quietud grave que no excluye, como en los pueblos tudescos y en los cafés del Oriente, el trabajo del pensamiento. Nuestra inteligencia no se embota durante esos largos éxtasis en que se nos ve sumergidos; cuando andamos pausadamente fumando un cigarro, durante horas enteras en un pequeño espacio dado, sin separarnos de él ni una línea, es cuando se efectúa más fácilmente en nosotros lo que pudiéramos llamar la digestión de la inteligencia. En aquellos momentos es cuando se forman las grandes resoluciones, y las pasiones irritadas se apaciguan entonces para producir acciones energicas; —nunca está un español más sereno que cuando medita algún gran proyecto ó siniestro ó sublime. Por lo que á mí hace, digería yo á la sazón mi proyecto, pero nada tenía esto de heroico ni de terrible. Luego que hube dado sobre unas sesenta vueltas por el cuarto y fumado hasta media docena de cigarrillos, tomé una resolución decisiva; paréme junto al sofá, y sin curarme en lo más mínimo del sueño de mi amiga,

—Julieta—la dije—¿quieres casarte conmigo?

Abrió Julieta los ojos y me miró sin responderme: creí que no me había oído y reiteré mi pregunta.

—Ya lo he oído—respondió con tono de indiferencia y volvió de nuevo á su obstinado silencio.

Creí entonces que mi pregunta le había desagradado, lo que me causó no menos despecho que pesar; mas por respeto á la gravedad española, tuve buen cuidado de no manifestarlo, y proseguí mis paseos por el cuarto.

Á la séptima vuelta me detuvo Julieta, diciéndome:

—¿Y á qué fin?

Dí otras tres vueltas, tiré luego el cigarro y cogiendo una silla, me senté junto á ella.



—La situación en que te encuentras en la sociedad—la dije—debe serte muy penosa.

—Bien sé—respondió levantando su hermosa cabeza y fijando en mí sus ojos azules, donde la apatía luchaba siempre al parecer con la tristeza;—sí, bien sé, querido Alejo, que la sociedad me infama con un título indeleble... con el título de manceba.

—Ya le borraremos, Julieta; mi nombre purificará el tuyo.

—¡Orgullo de los grandes!—repuso lanzando un triste suspiro; y luego, volviéndose de repente hacia mí, y asiendo mi mano, que llevó á sus labios, como por efecto de un impulso involuntario:—¿De veras? ¿Y sería posible que te casaras conmigo, Bustamante? ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué comparación me obligas á hacer!!...

—¿Qué quieres decir, Julieta?—la pregunté; pero no me respondió, y derramó un torrente de lágrimas.

Aquellas lágrimas, cuya causa conocía yo hartamente, me hicieron daño; pero logré refrenar la especie de furor que me inspiraban, y volví á sentarme junto á ella.

—¡Pobre Julieta!—la dije.—¿Será posible que esa herida no se cierre jamás?

—Me has permitido que llore cuanto quiera—respondió con seriedad;—esa es la primera de nuestras condiciones.

—Llora, pobre afligida—la dije;—pero luego escucha y respóndeme.

Enjugó al punto sus lágrimas y puso sus manos sobre las mías.

—Julieta—la dije—tú deliras cuando te tratas de manceba. ¿Qué importa la opinión y las groseras palabras de algunos necios? No, no; tú eres mi amiga, mi compañera, mi querida...

—Sí, sí—dijo—soy en efecto tu querida, y eso es lo que me deshonor. Yo debería de haber muerto antes de legar á un noble corazón como el tuyo, la posesión de un corazón medio apagado.

—Ya procuraremos avivar sus cenizas, Julieta mía; déjame esperar que aún oculta alguna chispa, y que yo podré encontrarla.

—Sí, sí, lo espero, lo deseo—dijo apretándome la mano con vehemencia.—Sí, seré tu esposa... ¿pero á qué fin? ¿Te he de

amar más por eso? ¿Te crearás tú acaso entonces más seguro de mí?

—Sabré que eres más feliz, y eso bastará para que lo sea yo también.

—¡Más feliz! ¡Oh! te engañas; ya lo soy en cuanto puedo serlo. ¿Por qué había de hacerme más feliz el llevar tu noble apellido?

—Porque te pondría á cubierto de los insolentes desdenes de la sociedad.

—¡La sociedad! ¿Qué me importa su fallo? Ni aun sé á punto fijo lo que se entiende por la sociedad.

—Sé que has vivido hasta aquí como la doncella encantada en su globo de cristal, y sin embargo yo te ví en otro tiempo derramar amargas lágrimas, que te arrancaba la triste situación en que te hallabas entonces, y por eso me propuse ofrecerte mi condición y mi nombre, apenas conquistase tu afecto.

—No me has comprendido, Alejo, si has creído que me hacía llorar la vergüenza. No; no había lugar para ella en mi alma; otros muchos dolores la llenaban y la hacían insensible á todo lo que venía de fuera. Si entonces me hubieras amado, yo hubiera sido feliz, aunque me hallara cubierta de infamia á los ojos de lo que llamas tú la sociedad.

Imposible me fué reprimir un estremecimiento de cólera; púseme en pie para perderla de vista, pero ella me detuvo.

—Perdóname—me dijo con voz doliente;—perdóname si te aflijo; pero es empresa superior á mis fuerzas el no hablar de eso.

—Pues bien, Julieta—le respondí reprimiendo un doloroso suspiro,—habla de eso, si eso puede aliviar tu dolor. ¿Pero es posible que no puedas lograr olvidarle? ¡Cuando todo lo que te rodea tiende á hacerte concebir otra vida, otra felicidad, otro amor!!...

—¿Todo lo que me rodea?—dijo Julieta con profunda agitación.—¿Pues no estamos en Venecia?

Esto diciendo se levantó y se acercó á la ventana; su falda de tafetán blanco formaba mil pliegues en torno de su delicada cintura. Sus cabellos negros se escapaban de entre las grandes agujas de oro cincelado que apenas los sujetaban, y caían sobre sus espaldas y sus hombros bañándolos en un

mar de seda perfumada. Estaba tan hermosa con sus mejillas apenas coloradas y su sonrisa entre tierna y amarga, que olvidé lo que me decía y me acerqué á ella para estrecharla entre mis brazos: pero acababa de entreabrir las cortinas de la ventana, y mirando al trasluz de los cristales en que empezaban á brillar los húmedos rayos de la luna,

—¡ Oh Venecia! ¡ Cuán mudada estás! —exclamó.—¡ Cuán hermosa te vi yo en otro tiempo, y cuán desierta y desolada me pareces en el día!

—¿ Qué dices, Julieta? — exclamé interrumpiéndola.—¿ Ya otra vez habías estado en Venecia? ¿ Por qué no me lo dijiste?

—Porque conocía que tenías deseos de ver esta hermosa ciudad, y porque sabía que una palabra mía te hubiera impedido venir... ¿ Para qué había de hacerte mudar de resolución?

—Sí, lo hubiera hecho—respondí dando en el suelo un fuerte taconazo.—Aunque hubiéramos estado á la entrada de esta ciudad maldita, hubiera hecho virar la barca hacia una orilla que no hubiera infestado ese recuerdo. Sí, te hubiera llevado, aunque fuera á nado, en mis brazos, si hubiera tenido que escoger entre semejante travesía y esta casa, donde á cada paso encuentras tal vez ardientes vestigios de tu amor! Pero... ¡ Oh! dime, Julieta, dime por amor de Dios, dónde podré refugiarme contigo contra lo pasado?... Nómbrame una ciudad, enséñame un rincón de Italia á donde no te haya arrastrado ese aventurero!...

Yo estaba pálido y trémulo; Julieta se volvió lentamente, me miró con frialdad, y volviendo á dirigir los ojos á la ventana,

—¡ Venecia! —dijo—mucho te amamos en otro tiempo, y aún hoy no te veo sin profunda conmoción, porque él te idolatraba, te invocaba doquiera en sus viajes, te llamaba su querida patria, porque tú fuiste cuna de su noble casa, y uno de tus palacios lleva todavía el mismo nombre que él!

—Por la muerte y la eternidad—dije á Julieta bajando la voz—que hemos de dejar mañana mismo esta amada patria.

—Vos podéis dejar mañana á Venecia y á Julieta—me respondió con glacial serenidad;—en cuanto á mí, yo de nadie recibo órdenes, y saldré de Venecia cuando quiera.

—Ya creo comprenderos, señora—dije con indignación;—Leoni está en Venecia.

Estas palabras hirieron á Julieta como una chispa eléctrica.

—¿ Qué dices? ¿ Leoni está en Venecia? —exclamó en una especie de delirio, echándose en mis brazos.—Repite lo que has dicho, repite su nombre, oiga yo al menos una vez su nombre!

Entonces derramó un mar de lágrimas, y sofocada por los sollozos casi perdió el sentido. Coloquéla en el sofá, y sin pensar en darle más auxilios, empecé de nuevo á andar por la estancia como un insensato. Al verla en aquel estado, se apaciguó de pronto mi furor, como se acalla el mar cuando pliega sus alas el jaloque; un amargo dolor sucedió á mi arrebatto y eché á llorar como una mujer.

II



En medio de aquel violento pesar, me detuve á algunos pasos de Julieta y la miré. Tenía la cara vuelta hacia la pared, pero un espejo de quince pies de alto que tenía enfrente me permitía ver su rostro. Estaba pálida como la muerte, y sus ojos estaban cerrados como en el sueño; traslucíase aún más cansancio que dolor en la expresión de su semblante, y aquella era precisamente la situación de su alma; el desaliento y la indiferencia superaban en ella al último hervor de las pasiones. Esta seguridad me daba alguna esperanza.

Llaméla cariñosamente y me miró con muestras de asombro, como si su memoria perdiese la facultad de conservar los hechos al mismo tiempo que perdía su alma la fuerza de sentir el dolor.

—¿Qué quieres—me dijo—y por qué me despiertas?

—¡Julieta!—exclamé—te he ofendido! ¡Perdóname!

—No—dijo pasándose una mano por la frente y presentándome la otra;—no has herido más que mi orgullo. ¡Oh! yo te lo suplico, Alejo; acuérdate de que nada poseo, de que vivo de tus dádivas, y piensa que me humilla la idea de mi

dependencia. Has sido bueno y generoso conmigo, lo sé; me colmas de atenciones, me cubres de pedrerías, me inundas en lujo y magnificencia... Sin ti yo hubiera muerto en algún hospital de indigentes ó estaría encerrada en una casa de locos. Sé todo esto; pero acuérdate, Bustamante, de que lo has hecho á pesar mío, de que me tomaste medio muerta, y me socorríste sin que yo lo deseara; acuérdate de que yo quería morir, y de que tú pasaste muchas noches junto á mi cabeza, sujetándome las manos con las tuyas, para impedirme que me matara; acuérdate de que he rehusado por mucho tiempo tu protección y tus beneficios, y ten presente que si los acepto en el día, es tanto por debilidad y cansancio de la vida cuanto por afecto y gratitud hacia ti, que me pides de rodillas que no te los rehuse. El papel más noble es el tuyo ¡oh amigo mío!, lo conozco; pero, ¿es culpa mía que seas tú generoso? ¿Y se me debe acusar seriamente de envilecerme, cuando, sola y desesperada, me confío al más generoso corazón que existe sobre la tierra?

—Amada mía—la dije estrechándola entre mis brazos—con esas palabras respondes admirablemente á las viles injurias de los miserables que te han desconocido. Pero, ¿por qué me dices eso? ¿Crees tú tener necesidad de justificarte conmigo de la felicidad que me has dado, la única felicidad verdadera que he gozado en mi vida? Yo debiera justificarme porque soy el culpable. Sé cuanta resistencia me han opuesto tu altivez y tu desesperación; lo sé, y nunca debiera olvidarlo. Cuando tomo contigo un tono de autoridad, soy un loco á quien es preciso disculpar, porque la pasión que me inspira trastorna mi razón y subyuga mis fuerzas. Perdóname, Julieta, y olvida un instante de cólera. ¡Ah! Yo no sé hacerme amar; tengo en mi carácter una aspereza que te disgusta; te hiero cuando empezaba á curarte, y con harta frecuencia destruyo en una hora la obra de muchos días.

—No, no, olvidemos esta desavenencia—interrumpió Julieta abrazándome;—por un poco que me afliges tú, te aflijo yo cien veces más. Tu carácter es á veces imperioso; mi dolor es siempre cruel. Pero no creas sin embargo que es incurable; tu bondad y tu amor acabarán por vencerle. Muy ingrato había de ser mi corazón si no aceptara la esperanza que me ofreces. Otra vez hablaremos de ese enlace, y puede que

tal vez me hagas consentir en él; y con todo, confieso que temo esa especie de dependencia consagrada por todas las leyes y por todas las preocupaciones; ese estado es honroso, pero es insoluble.

—En todo eres cruel, Julieta. ¿Temas ser mía para siempre?

—No, seguramente que no; no te aflijas, haré lo que quieras; pero dejemos eso por hoy.

—Pues bien; concédeme otro favor en lugar de ese. Consiente en salir mañana de Venecia.

—De todo corazón. ¿Qué me importa Venecia ni nada en este mundo? No me creas, cuando echó de menos lo pasado; el despecho ó la locura pueden solos hacerme hablar así. ¡Lo pasado! ¡Dios mío! ¿No sabes tú cuántos motivos tengo para aborrecerle? ¡Mira cómo me ha quebrantado! ¿Cómo quieres que tuviera yo fuerzas para aceptarle aunque la suerte me le ofreciera?

Besé la mano de Julia para darle gracias por el esfuerzo que hacía hablando así, pero yo no estaba convencido, porque aún no me había dado respuesta alguna satisfactoria. Luego proseguí mi melancólico paseo al rededor de la estancia.

Había empezado á soplar el jaloque, y en un instante quedó seco el piso; la ciudad aparecía de nuevo tumultuosa y sonora como lo está generalmente, y por todas partes se oían mil festivos rumores; ya el ronco cantar de los gondoleros, ya los chillidos de las máscaras que salían de los cafés y embromaban á todo el que pasaba, ya el batir de los remos en los canales. El cañón de la fragata despertó los ecos de las lagunas, que le respondieron como una descarga de artillería. El tambor austriaco mezclaba también su redoble á aquella algazara, y la campana de San Marcos extendió por los vientos su lúgubre sonido.

Una honda tristeza se apoderó de mí. Las velas, consumiéndose, pegaban fuego á sus galas de papel verde, y despedían un lívido resplandor sobre todos los objetos; todo tomaba para mis sentidos formas y sonidos imaginarios. Julieta, tendida en el sofá y embozada entre sedas y armiño, me parecía una muerta envuelta en su mortaja; los cantos y las carcajadas que se oían á lo lejos, resonaban en mis oídos

como gritos de desesperación, y cada góndola que se deslizaba bajo el puente de mármol situado al pie de mi ventana, se me figuraba un ahogado reluchando contra las olas y la agonia. No tenía yo, en fin, más que ideas de muerte y desesperación en la cabeza y no podía levantar el peso que sofocaba mi corazón.

Logré serenarme por fin y hacer más cuerdas reflexiones; conocí que á pesar de todos los sacrificios en mi favor que imponía á Julieta la gratitud, su corazón estaba casi tan enfermo como en los primeros días. Inexplicable me parecía verle lamentar con tanta constancia y amargura un amor tan miserablemente colocado, y busqué la causa de esta anomalía en la impotencia de mi afecto. Es necesario, me decía yo, que mi carácter le inspire alguna invencible repugnancia que no se atreva á confesarme; tal vez la vida que llevo le es antipática, y sin embargo he conformado mis gustos á los suyos. Leoni la llevaba sin cesar de un pueblo á otro; dos años hace que yo la hago viajar por toda Europa sin fijarme en ningún sitio, ni tardar un solo instante en dejar el punto en que veo la menor señal de fastidio en su rostro. Y con todo está triste, esto es indudable; nada la divierte, y para que se digne sonreír alguna vez, tiene que violentarse mucho. Nada de lo que agrada á las demás mujeres tiene el menor imperio sobre esa profunda aflicción; es una roca que nada mueve, un diamante que nada puede mellar. ¡Pobre Julieta! ¡Qué vigor hay en tu debilidad! ¡Qué resistencia tan invencible hay en tu energía!

Insensiblemente llegué á punto de manifestar mis ansias en alta voz. Incorporóse Julieta apoyándose en un brazo, é inclinado el cuerpo hacia adelante, me escuchaba tristemente.

—Escucha— le dije acercándome á ella;—ahora me ocurre una nueva causa de tu mal, y es que le he comprimido demasiado, que te le he hecho encerrar demasiado en tu corazón; he temido cobardemente ver esa lлага, cuyo aspecto me partía el alma, y tú, por generosidad, me le has ocultado. Descuidada así y abandonada, tu herida se ha ido enconando por momentos, cuando yo hubiera debido atenderla y suavizarla todos los días. Mal he hecho, Julieta; es preciso dar respiro á tu dolor, es preciso que lo deposites en mi seno; háblame de tus males pasados, cuéntame tu vida á cada ins-

tante, nómbrame mi enemigo; sí, es preciso. Hace un momento me dijiste una palabra que no olvidaré jamás; me pediste que te hiciese al menos oír su nombre. Pues bien; pronunciamos juntos ese nombre maldito que te quema la lengua y el corazón; hablemos de Leoni.



Al ver brillar en los ojos de Julieta una involuntaria alegría, sentí oprimido mi pecho; pero vencí mi pesar y le pregunté si aprobaba mi proyecto.

—Sí—me dijo con tono serio;—creo que tienes razón. Mira; muchas veces tengo el pecho lleno de sollozos; el temor de afligirte me impide exhalarlos, y así aglomero en mi alma tesoros de dolor. Si me atreviera á esplayar mis penas contigo,

creo que sufriría menos; mi dolor es como un perfume que se guarda eternamente en un vaso cerrado: abierto el vaso, pronto se exhala el perfume. Si yo pudiera hablar continuamente de Leoni, contarte hasta las menores circunstancias de nuestro amor, siempre tendría á la vista el bien y el mal que me ha hecho, al paso que ahora muchas veces me parece injusta tu aversión, y disculpo en el fondo de mi alma ofensas tuyas que si las oyera en boca de otro me indignarían.

—Pues bien—le dije—yo quiero oírlas de tu boca. Nunca he sabido los detalles de esa funesta historia, y quiero que tú me los reveles, que me cuentes tu vida toda entera; conociendo mejor tus males, acaso aprenderé mejor á mitigarlos. Dímelo todo, Julieta; dime por qué medios logró ese Leoni hacerse amar tanto; dime qué hechizo, qué secreto tenía él para hacerse idolatrar, porque ya estoy cansado de buscar el inaccesible camino de tu corazón. Ya te escucho, habla.

—Sí, lo deseo—me respondió;—eso me dará algún alivio; pero déjame hablar y no me interrumpas con ninguna muestra de pesar ó de despecho, porque contaré las cosas como han pasado; porque contaré el bien y el mal; cuánto he sufrido y cuánto he amado.

—Lo dirás todo y yo lo oiré todo—le respondí.

Hice poner nuevas luces en los candeleros, eché más leña en la chimenea, y Julieta me habló en estos términos:

III



ABES que soy hija de un riquísimo joyero de Bruselas; mi padre era hábil en su profesión, pero por lo demás poco instruido. De simple jornalero que fué en su juventud, había llegado á poseer un gran caudal que el buen éxito de su comercio aumentaba de día en día. Á pesar de su poca cultura, frecuentaba las casas mejor acomodadas de la provincia, y mi madre que era muy linda y tenía talento ocupaba un lugar distinguido en la opulenta sociedad de los comerciantes.

Mi padre era cariñoso y apático, disposición que aumentaba en él por días con su riqueza y su bienestar. Mi madre, más activa y más joven, gozaba de una independencía ilimitada y sacaba todo el partido posible de sus bienes de fortuna y de los placeres de la sociedad. Era buena, sincera y tenía mil bellas prendas; pero era naturalmente inconsiderada y su hermosura, que respetaban los años de un modo admirable, prolongaba su juventud á

costa de mi educación: me amaba en verdad con ternura, pero sin prudencia ni discernimiento.

Orgullosa de mi belleza y de los frívolos talentos que me había hecho adquirir, no pensaba más que en llevarme á todas partes y en lucirme, por decirlo así; sentía una dulce, si bien peligrosa vanidad, en cubrirme á cada instante de nuevos aderezos y en mostrarse conmigo en los parajes más públicos. Ahora me acuerdo de aquellos tiempos con dolor, y al mismo tiempo con placer; muy tristes reflexiones he hecho después sobre el fútil empleo de mis primeros años, y sin embargo, todavía lamento con amargura aquellos tiempos de felicidad é imprevisión que hubieran debido no empezar jamás ó no acabar jamás. Aún me parece ver á mi madre con su regordete y gracioso talle, sus manos tan blancas, sus ojos tan negros, su sonrisa tan coqueta, y sin embargo tan bondadosa, que á la primera ojeada se veía que nunca había conocido ni pesares ni oposición alguna á sus deseos, y que era incapaz de causar á nadie el menor disgusto. ¡Oh! sí, mucho me acuerdo de ella! Mucho me acuerdo de nuestras largas mañanas consagradas á meditar y disponer nuestros trajes de baile; de nuestras tardes empleadas en otro tocado tan prolijo, que apenas nos quedaba una hora para presentarnos en el paseo. Aún me figuro ver á mi madre con sus vestidos de raso, sus pieles, sus largas plumas blancas y todo el ligero edificio de sus blondas y de sus lazos. Después de haber acabado de vestirme, se olvidaba de sí propia un momento para ocuparse exclusivamente en mí. No dejaba de fastidiarme algún tanto desatar veinte veces mis borceguíes de raso negro para deshacer un ligero pliegue, ó bien probar una docena de pares de guantes á fin de hallar uno cuyo rosado matiz le pareciese á mi pobre madre bastante puro para mí. Aquellos guantes me venían tan ajustados, que casi siempre acababa



por romperlos después de infinitos apuros para probármelos; era preciso volver á empezar, y siempre hacíamos terrible destrozo antes de elegir los que debía yo tener puestos una hora y dejárselos luego á mi doncella; pero me habían acostumbrado de tal modo desde mi infancia á mirar estas fruslerías como las más importantes ocupaciones de la vida de una mujer, que fácilmente me resignaba al fastidio que me producían. Salíamos á la calle en fin, y todos se volvían para mirarnos. Estaba yo acostumbrada á oír nuestro nombre en boca de todos los galanes, y á ver caer sus miradas sobre mi frente impasible. Esta mezcla de frialdad y de inocente descaro constituye lo que se llama la buena crianza de una señorita. Por lo que hace á mi madre, es seguro que sentía un doble orgullo en ostentarse y ostentar á su hija; yo era un reflejo, ó por mejor decir, una parte de su persona, de su hermosura, de su riqueza; mi cara, que se parecía á la suya, le recordaba como á los demás, la frescura apenas alterada de su primera juventud; de modo que al verme andar ligera y esbelta junto á ella, creía verse dos veces, pálida y delicada como estaba á los quince años, brillante y hermosa como estaba á la sazón. Por nada del mundo hubiera ella ido á parte alguna sin mí, porque se hubiera creído incompleta y como vestida á medias.

Después de comer, empezaba de nuevo las graves discusiones sobre el traje de baile, sobre las medias de seda, sobre las flores para la cabeza. Mi padre, que no se ocupaba todo el día más que en los asuntos de su comercio, hubiera preferido pasar toda la noche tranquilamente con nosotros; pero era tan bueno, que ni siquiera advertía el completo abandono en que le dejábamos. Dormíase él en su poltrona mientras nuestros peluqueros se devanaban los sesos para comprender las sabias combinaciones de mi madre. Cuando llegaba el momento de subir al coche, despertábamos al buen señor, que iba con admirable paciencia á sacar de sus arcas magníficas pedrerías que había hecho engastar con arreglo á sus dibujos: él mismo nos las ceñía al cuello y á los brazos, y se complacía en admirar su brillante efecto. Aquellos aderezos estaban destinados á ser vendidos, por lo que muchas veces oíamos en derredor nuestro á las mujeres envidiosas hacer sobre nuestro tocado maliciosas observaciones; pero mi ma-

dre se consolaba diciendo que las más principales señoras usaban nuestros desechos, y á fe que no le faltaba razón.

En medio de semejante género de vida, crecía yo sin curarme del presente ni del porvenir, sin hacer esfuerzo alguno sobre mí misma para formar ó robustecer mi carácter. Yo era naturalmente sencilla y confiada como mi madre, y como ella me dejaba llevar por la corriente del destino. Sin embargo, yo era menos alegre, sentía con menos vivacidad el atractivo de los placeres y de la vanidad; parecía que faltaba en mí la poca fuerza que tenía ella, el deseo y la facultad de divertirse: yo aceptaba una suerte tan llevadera sin conocer su precio ni compararla á otra alguna; yo no tenía idea de lo que son las pasiones, porque realmente me habían educado como si nunca debiera conocerlas. Mi madre se había criado del mismo modo, y le iba bien, porque era incapaz de sentirlas y nunca había tenido necesidad de vencerlas. Habían aplicado mi inteligencia á estudios en que el corazón no tenía que hacer ningún trabajo sobre sí mismo: yo tocaba el piano con brillante facilidad, pintaba perfectamente á la aguada; pero no había en mí la menor chispa de aquel fuego sagrado que da la vida y la hace comprender. Yo quería á mis padres, pero no sabía lo que es querer más ó menos; escribía muy bien una carta á cualquiera de mis amigas, pero así desconocía el valor de las expresiones como el de los sentimientos. Las quería por costumbre; era buena con ellas por bondad y por dulzura natural, pero no atendía en lo más mínimo á su carácter, no examinaba nada; no hacía ninguna distinción razonada entre ellas. Á las que iban á verme con más frecuencia es á las que quería más.